

DISCURSO DE CLAUSURA

Ricardo Lagos Escobar

Presidente de la República

Estamos concluyendo este primer Foro del Bicentenario, iniciativa de la Comisión Asesora que hemos creado para comenzar a pensar en el 2010. Porque el Bicentenario no es sólo infraestructura, cemento y clavo, como dijo alguien, sino también la reflexión de un país sobre sí mismo.

Hacia 1910, con ocasión de nuestro Centenario, la mirada de Chile sobre sí mismo traslucía una cierta frustración del ambiente de optimismo que le había antecedido. Y lo conmemoramos escribiendo sobre la crisis de Chile, nuestra inferioridad económica o la cuestión social.

A lo mejor, producto de una recurrencia histórica, estamos ahora preocupados de que esta vez no nos ocurra aquello y que la visión que tenemos, un tanto optimista, se siga haciendo realidad para todos los chilenos y chilenas en el camino al Bicentenario.

Quisiera agradecer a quienes han hecho posible este primer foro, este primer encuentro, porque creo que es un buen momento para repensar Chile, para entender en qué momento nos encontramos, qué es lo que pasó en nuestras raíces históricas, qué es lo que tenemos hacia adelante.

En esa dirección apunta el Instituto Nacional de Estadísticas al regalarnos este texto, *Cuánto y cómo cambiamos los chilenos. Balance de una década. Censos 1992-*

2002. A ello contribuyen también los planteamientos que hemos escuchado esta tarde, incluyendo la presentación que nos ha hecho Manuel Castells, quien ha realizado un diagnóstico brillante acerca de los tipos de modelos que hemos tenido en estos últimos años, así como sobre cuáles son los desafíos que tenemos hacia adelante. Y en ese contexto creo que es muy importante poder decir: "Sí, estamos contentos con lo que se ha hecho, pero estamos descontentos porque todavía nos queda mucho por hacer". Ése es el sentido de estos debates, donde sobre la base de una mirada histórica tanto hacia lo que se ha hecho como hacia lo que está aún por hacerse, podemos mirar con mayor lucidez nuestro futuro.

Efectivamente, creo que tenemos que distinguir mejor entre el modelo autoritario de mercado y excluyente que heredamos y la visión que ha guiado lo que hemos intentado hacer. Si algo me molesta es esta mención permanente a Chile como el primer alumno de la clase, la cual se sintetiza en que "hicimos bien todas las tareas". Porque, aunque lo creo así, agregamos a dichas tareas un conjunto de otras que no estaban en el manual. Y porque hicimos estas últimas, las que no estaban en el manual, entonces ahora estamos donde estamos, que es distinto.

Porque el manual dice apertura, dice cuentas macroeconómicas sólidas, dice regulaciones, privatización de ciertos activos, etc. Lo que no está en el manual son todas las políticas públicas que hemos aplicado y que tienen que ver con la otra parte de la historia.

Por ello, me ha parecido importantísima la reflexión que ha hecho Manuel Castells acerca de la relación virtuosa que hemos establecido en Chile entre crecimiento y una activa política social, que generó redes de apoyo, protección, acceso a oportunidades, la cual está en la base de los logros que hemos tenido en materia de integra-

ción e incorporación a la sociedad, además de cuando agrega que la clave del crecimiento ha estado en la forma en que se ha combinado el conjunto de los factores. Y eso es así.

El problema es que esa combinación se ha limitado al mundo de la economía más formal y no se ha dado en los sectores informales o más atrasados desde el punto de vista económico, a los cuales sólo llegamos, como no podríamos dejar de hacerlo, con un Estado asistencial.

La política asistencial nos permite focalizar bien: donde no había agua, ahora la hay; donde no había luz, hay luz, etc. Sin embargo, el tema central de cara al 2010 es cómo el aumento de productividad también llega a esos sectores. Y este foro contribuye a que busquemos una respuesta a ese problema, porque el Presidente no la tiene.

Ésa es una tarea pendiente que me parece crucial y que desde el punto de vista del país que estamos construyendo no se encuentra bien afinada.

Hay un segundo tema que aquí se ha ido planteando respecto a cómo visualizamos Chile: la relación entre la apertura al mundo y la identidad nacional.

Hoy día está claro que ningún país se desarrolla o progresa ensimismado. Las naciones progresan insertas en la apertura y la diversidad del mundo.

A diferencia de lo que pudo haber ocurrido en otras épocas, en la actualidad no puede afirmarse la identidad nacional construyendo mecanismos de aislamiento, ni siquiera de defensa. En nuestra época, nuestra identidad debe potenciarse siendo interlocutores válidos de otros. Es por eso que el tema de la identidad nacional y de la cultura en un sentido profundo, tiene que ver con la capacidad de nuestras sociedades de pararse en sus propios pies, en un mundo que va a ser cada vez más globalizado.

Por eso, cuando se discuten acuerdos multilaterales, el tema de la propiedad intelectual, o la forma cómo de-

fiende Francia su industria del cine, se revela algo mucho más profundo, algo que nos hace pensar también respecto a cómo lo habría hecho México para no ser absorbido en la relación que tiene con Estados Unidos si es que no tuviera esa tremenda fuerza de sus raíces históricas y culturales.

Éste es un tema crucial para nosotros, porque en Chile hay un alto grado de convergencia en el tipo de desarrollo que vamos a tener insertos en el mundo.

Muy pocas veces en nuestra historia ha ocurrido que todos coincidiáramos en que Chile tiene que hacer lo que está haciendo. Eso nos plantea un complejo desafío en la perspectiva del Bicentenario, en que simultáneamente tenemos que crecer; tenemos que tener algo de Estado de Bienestar, como nos ha dicho Manuel Castells hoy día; y como si eso fuera poco, tenemos también que fortalecer nuestra identidad cultural como país, como lo que somos, sin dejarnos absorber por el mundo globalizado en el que participamos.

No me cabe la menor duda de que los acuerdos que hemos ido alcanzando con Europa, Estados Unidos y Corea definen la forma que va a tener Chile en el siglo XXI; pero cuál va a ser dependerá de nuestra capacidad para aprovechar los espacios que estos acuerdos nos brindan. Y no estoy seguro de que toda nuestra clase empresarial, nuestra clase política, nuestra sociedad en general se haya dado cuenta todavía del desafío más profundo que involucra.

Para competir con éxito en el mundo globalizado es imprescindible la sustentabilidad social, lo que significa lograr un grado de cohesión social muy superior al que hoy tenemos. Y ello exige tener algo más de Estado de Bienestar.

En ese plano, nuestra gran diferencia con Europa es que ellos tienen un Estado de Bienestar y tratan de refor-

marlo inteligentemente, para permanecer y ser competitivos, mientras que nosotros estamos tratando de crearlo. Manuel Castells tiene razón cuando afirma que ello exige plantear la cuestión tributaria. Aunque la referencia a ese tema por un Presidente produzca inquietud, en algún momento el país tendrá que responder a la pregunta respecto de si es posible el desarrollo con cohesión social en que coincidimos con las actuales tasas. No lo sé. A lo mejor somos innovadores también en eso y lo logramos. Sin embargo, es algo muy complejo.

En todo caso, no es posible eludir que la sustentabilidad futura de nuestra inserción en el mundo exige mantener los grados de cohesión que hacen posible la tranquilidad social que hemos alcanzado en los gobiernos de la Concertación.

También debemos seguir crecientemente agregando valor a lo que exportamos. Y eso es parte de la riqueza de la *know how* de un país.

La otra respuesta que yo venía a buscar acá, y no estoy seguro de llevármela, es acerca de la distribución de ingreso, un talón de Aquiles muy importante desde el punto de vista de cómo visualizamos un país hacia el 2010. Porque la única respuesta que sabemos dar parece ser que en el largo plazo lo resolvemos con educación.

Es cierto que es posible bajar el índice de Gini de 57 a 51 con gasto social, pero ahí ya estamos en la vieja historia redistributiva de aumento impositivo y en la vieja dicotomía de que, de hacerlo, podemos disminuir los niveles de crecimiento y de inversión.

Hay otros temas importantes. Obviamente que el sistema de pensiones es una asignatura pendiente. Hemos hecho un gran esfuerzo en educación y en infraestructura desde la década de los 90. Ahora estamos abordando cambios muy profundos en salud para garantizar el acceso en tiempo oportuno, independientemente del bolsillo

del demandante. La previsión es, tal vez, la reforma más sustantiva que está pendiente.

No puedo estar más de acuerdo en que la innovación —como aquí se ha dicho— es el elemento clave del debate que uno quisiera hacer. Cuando en el primer Mensaje Presidencial planteamos este tema, hubo una cierta reacción de sorpresa, como diciendo: ¿por qué se sale con esto? La razón era y sigue siendo que creo que en eso sí tenemos como país una ventaja comparativa nítida, por nuestro nivel educacional, por la infraestructura que hemos logrado crear en materia de las redes de telecomunicaciones e informática.

Otro tema que nos lleva a reflexionar es el hecho de que hemos mantenido los niveles de inversión pública, pero ha caído la inversión privada.

Y si a este último tema le agregamos el de ciencia y tecnología, y la diferencia Chile-Finlandia, en donde la inversión privada en dichas áreas es muy superior a la pública en el mismo ámbito, tenemos un cuadro muy desbalanceado, y tal vez el gran debate pendiente del país sea cómo estamos en condiciones de poder generar un grado de convergencia en esto, que sea similar al que hemos generado respecto de un Chile que se inserta en el mundo.

Éste es el tipo de tareas que dan sentido a un Foro del Bicentenario. Debates como éstos contribuyen a generar un buen punto de partida intelectual, al abordar con altura temas como cuánto y cómo hemos cambiado los chilenos; cómo va a ser el país en una década más y cómo querríamos que fuera el libro del censo de 2012. Y, por lo tanto, qué capacidad tenemos de decir: “para trabajar a ese libro el 2012, esto es lo que queremos”. Creo que eso es lo que le da sentido a un debate de esta naturaleza.

Por lo tanto, cuando planteamos la necesidad de fijarnos las metas del Bicentenario, invitamos a Chile a pensarse a sí mismo, en sus raíces históricas, en lo que hemos logrado y en las carencias, en las deficiencias que debemos superar para enfrentar con éxito los grandes desafíos que tenemos por delante.

Es importante saldar cuentas con nuestra historia y tenemos que hacerlo, pero también es importante escribir el futuro a partir de nuestras cuentas. Sin embargo, a ratos siento que la separación entre los chilenos está mucho más dada todavía por hechos del pasado, que por la discusión real de los temas de futuro.

Porque, aunque hay dos modelos para la sociedad que podemos construir, que políticamente son muy distintos, en el debate cotidiano de nuestra actividad política discutimos hojarascas y turbulencias menores y no los temas sustantivos centrales. Y si no tratamos esta clase de temas, en último término, la actividad pública deja de tener sentido. Porque ésta lo tiene cuando hay una idea fuerza que la mueve, porque no hay nada que me parezca más pretencioso que golpear una puerta y decir “vote por mí”, a menos que lo que usted está diciendo es “vote por esta idea de país”.

Y los que participamos con tanta fuerza en el plebiscito del 88 no dudábamos, cuando golpeábamos la puerta, de que teníamos una gran claridad sobre el tipo de sociedad que queríamos construir, y pedíamos el voto para esa sociedad. Y si no somos capaces de reponer las ideas fuerzas que distinguen qué sociedad queremos, entonces quiere decir que crecientemente la actividad pública va a ser banalidad y no sustancia.

El debate público de calidad, en el que se esgrimen argumentos, está en lo mejor de la tradición de nuestro país. Los argumentos corresponden a concepciones de país y a los sueños que cada uno de nosotros tiene. Para

hacerlos realidad colectivamente precisamos de las políticas públicas que –si somos mayoría– podemos impulsar. Y eso es lo que hace la diferencia entre unos y otros.

Después de todo, en 1988 también comenzamos a recuperar la democracia para poder discutir la sustancia y no la banalidad.

Eso es lo que hemos estado haciendo hoy día.